3009

Al Sor Director del
Eco de Galicia en Buenos
Aires, en testimonio de afecto
y consideracion

R. Nova y Calvo

MISCELÁNEA

1
.AM
380

17 cms
R-9054/

MISCELÁNEA

POR

PEDRO DE NOVO Y COLSON

De las Reales Academias Española

y de la Historia.

MADRID

IMPRENTA DEL MINISTERIO DE MARINA

1925

AL LECTOR

El día primero de este año me presentó mi hijo un mamotreto a la vez que me decía:

—Aquí tienes reunidos varios de los artículos y crónicas que has publicado en el curso de medio siglo. Te ruego que los reimprimas para mi recreo.

Declaro que la sorpresa me agradó y que al leer, nuevamente, lo que ya había olvidado, pareciéronme revivir las andanzas juveniles y los rudos empeños de la edad madura.

Lo que se refiere al mar *me recordaba el lustro pasado en las camaretas, las horas que actué de gaviero tomando rizos y nuestros hábiles asaltos a la despensa del Comandante. También revivía, de aquel lejano tiempo, mi quijotesca vanagloria*

porque con una mano elevaba cincuenta kilos sobre la cabeza; casi el peso de mi cuerpo. ¿A dónde se han ido ya tan recios músculos?

Y recordaba que, más tarde, cuando estuve de Profesor en la Escuela Naval, mis discípulos eran muchachos barbilampiños; muchachos que hoy son el Almirante Aznar, los ocho Vicealmirantes, desde Rivera al Marqués de Magaz y los Contralmirantes menos modernos; todos tienen ahora sus barbas tan blancas como la mía.

Luego, la lectura de Anécdotas de hombres célebres *despertaba en mi memoria el afecto y amistad con que me honraron Cánovas del Castillo, Núñez de Arce, Alarcón, Castelar, Cañete, Valera, Campoamor, Tamayo, Caballero, Moya, etc.; casi todos los protagonistas de aquellos auténticos relatos.*

Y al leer la vida teatral *concurrían los nombres y hechos de los notables actores que interpretaron mis obras, quienes ya no existen o vegetan en sus casas, supues-*

to que desde la última que estrené han transcurrido treinta años.

Acerca del Artículo político, recuerdo la causa que lo inspiró. En 1895 fuí elegido Diputado a Cortes como técnico de la Marina y para defenderla de un rudo ataque de Moret pedí la palabra, pero a este prohombre le enojó la audacia, sin duda, y expuso al Presidente su deseo de que no me la concediera, por lo que Pidal, y aun Berénger, me rogaron que desistiese de intervenir. Entonces, ¿con qué objeto me trajeron? ¿Cuándo emplearía mi tecnicismo?... Pronto supe que era muy engañosa la autonomía del legislador y sucesos posteriores me confirmaron su falsedad y la omnipotencia de los grandes retóricos... Nunca he sido político, pero sí fiscal in péctore de los que lo eran.

. . . . . .

Tales sensaciones experimenté leyendo la menuda tarea literaria concebida en mis ratos de ocio, que mi hijo tuvo la cachaza de recopilar y que he reimpreso en este pequeño volumen, porque no debía negarle

tan modesto regalo. Es la obra última, indudablemente, de un marino y dramaturgo casi ochentón, y, como muchas de sus páginas (de índole personal) carecen de interés para el público, supongo que sólo han de hojearla mis amigos y viejos compañeros.

A ellos, pues, la dedico, seguro de que aplaudirán el móvil que me ha obligado a resurgir con una labor de tan poca monta.

P. DE. N. Y C.

DE LA VIDA DE MAR

EL BOTÓN DE ANCLA

I

Cuando veais a cualquier marino, joven o viejo, preguntadle qué significa para él un *botón de ancla*.

Y os contestará:

«Apenas adolescente tuve la ambición de llevar el *ancla* en mi chaqueta. Para ello necesité estudiar años y años, sacrificando juegos y placeres; después de bien instruído luché en un torneo de sabiduría y hube de triunfar sobre diez opositores, porque éstos éramos muchos y muy pocas las plazas.

»Aquella primera victoria hizo felices a mis padres e hizo latir mi corazón de legítimo orgullo. Había ingresado en una Corporación gloriosa y nobilísima, varonil por excelencia, caballeresca por tradición, en la cual me esperaban riesgos, trabajos, privaciones, honores, prestigios,

y dentro todo de un horizonte limitado por la dignidad de Almirante.

»El *botón de ancla* representa, pues, para mí los ensueños de la niñez, las luchas arrogantes de la juventud y la garantía de una vejez respetada.

»Luciendo el *botón de ancla* me apuntó el bozo, gocé del primer amor, abandoné mi hogar por largo tiempo, aprendí a obedecer y a mandar hombres; templé mi ánimo con el choque de las borrascas y mi cuerpo con rudas y constantes tareas. Desde la camareta de guardia marina, *donde toda incomodidad tiene su asiento,* pasé a la cámara de Oficiales y luego a la del Jefe de a bordo, autócrata sometido a responsabilidades tremendas.

»Los hermanos dispersos y los padres muertos de un marino no lo dejan sin familia y sin casa, pues bajo las cubiertas de los buques halla otros padres y hermanos y lecciones prácticas del honor, de la bondad y del deber.

»Así, cuando veo brillar sobre mi pecho el *botón de ancla,* paréceme un triple símbolo de la bandera de la patria, del santuario del hogar y de mis propias virtudes.

»¡Bendito seas!»

II

Sabed cómo se enseña a bordo a no mentir.

Por el año 1866 era Comandante de la fragata *Princesa de Asturias* el Capitán de navío D. Rafael de Sostoa, de la Orden de Calatrava.

Cierto día fuí acusado por un Oficial de haber faltado a mi puesto de guardia, pero sin prueba plena en qué fundarse.

Sostoa me llamó a su cámara.

—Para constarme que usted no ha faltado sólo necesito que me lo asegure bajo palabra de honor, pues un caballero no miente nunca, aunque sea en su daño. ¿Qué me dice usted?

—Que no doy, que no puedo dar mi palabra—le respondí.

—Perfectamente—replicó satisfecho—. Entonces vaya a cumplir su castigo; pero antes, caballero guardia, estrécheme usted la mano y sepa que desde ahora lo estimo mucho más.

III

De cómo se aprende a practicar el desinterés y la hidalguía.

Cuando Topete bloqueaba con la *Blanca* las costas de Chile (1865) apresó la barca *Constancia,* que iba cargada de víveres para el hospital de Copiapó. La hermana superiora fué a bordo del buque de guerra y le dijo a su Comandante:

—Señor, vengo a pedirle solamente, y como limosna, los víveres necesarios para que mis enfermos no se mueran de hambre.

—Concedido—respondió Topete—. Elija y llévese cuantos desee.

La madre superiora le dió las gracias y separó una buena cantidad.

—Esos son muy pocos, señora—dijo el noble marino.

Y ordenó que se le entregase el cuádruplo de lo que aquélla había juzgado suficiente.

En seguida hizo calcular el importe de los víveres regalados, que ascendía a mil duros, y los abonó de su bolsillo particular, a fin de no mermar en esa cifra lo que debía corresponder a la tripulación como derecho de presa.

IV

Para citar un ejemplo de abnegación y de energía también recordaremos al ilustre Topete.

Durante aquella asombrosa y larga campaña del Pacífico las tripulaciones (incluso sus Jefes) llegaron a la necesidad de alimentarse mañana y tarde, únicamente, con arroz y habichuelas cocidas en agua y sal.

Pero Topete averiguó que algunos marineros agregaban a su rancho buen aceite y que éste procedía del destinado a las máquinas, pues en vez de aceite de borras habían abastecido el buque, por equivocación, con mil botellas de aceite refinado.

Su custodia hubiese sido difícil y su merma inevitable.

Entonces el ilustre marino hizo vaciar en un aljibe todas las botellas y en seguida llamó al médico de a bordo y le dijo:

—Escoja usted en el botiquín un veneno activo, que haga mortal la bebida de este aceite, y arrójelo en el aljibe.

Así se verificó.

—Ahora—repuso—confío en que hasta

su última gota sólo podrá utilizarse en las máquinas.

No es preciso comentarlo.

V

La práctica de esta y otras muchas virtudes sirven de estímulo mutuo a cuantos visten el *botón de ancla.*

En circunstancias donde interviene el honor, ofreciendo dos caminos decorosos, elígese siempre el indiscutible. Así, hemos visto hace pocos años al anciano Ministro de Marina Sr. Beránger abandonar la poltrona para retar a un joven periodista y batirse con él a pistola.

La Historia ha recogido frases y hechos sublimes de esa pléyade de héroes que combatieron en las aguas del Perú; pero su concurrencia no fué debida a la suerte, y otra guerra internacional nos revelaría nuevos Méndez Núñez, Topetes y Barcáizteguis (1).

---

(1) Transcurrido poco menos de dos años de publicado este artículo perecieron los buques españoles combatiendo en aguas de Santiago y de Cavite. Y tan grande fué el heroismo en ellos demostrado, que respecto al primero, decían nuestros enemigos en su parte oficial: «Nada hay registrado en las páginas de la Historia que pueda aseme-

Estas revelaciones son difíciles cuando se opera en plena paz y esclavizado a instrucciones diplomáticas. Entonces la fuerza de la disciplina vence en absoluto. Pero cuando el honor peligra, todo se amolda a su defensa.

¿Sabéis por qué se batieron los españoles en el Callao? Porque Méndez Núñez *faltó a la disciplina,* pues la víspera del combate llegó a la *Numancia* el Alférez de navío Alvarez de Toledo y le entregó un pliego del Gobierno en el que se le ordenaba el regreso de los buques, con la *prohibición expresa* de intentar ninguna nueva agresión, y aquel insigne marino le dijo al emisario, devolviéndole el pliego:

—*Convengamos en que no ha llegado usted al Pacífico hasta el 3 de mayo; entonces me entregará esas instrucciones.*

Si Méndez Núñez hubiera obedecido a los políticos y diplomáticos de Madrid la escuadra habría vuelto deshonrada ante el mundo.

---

jarse en valor y energía a lo hecho por el Almirante Cervera».

Prueba que esta opinión era mundial que hoy, después de cuatro lustros, los Almirantes y Jefes de las Escuadras de los Estados Unidos, de Inglaterra, Alemania y Argentina, al recalar en Cartagena, rindieron el homenaje de su admiración ante el monumento allí erigido en memoria de aquellos marinos temerarios.

VII

No tengo perfecto derecho para alardear de mi amor al océano, porque dejé de cruzarlo desde hace larga fecha; pero siento a veces la nostalgia de la mar y siempre un hondo cariño al *botón de ancla*.

Este cariño ¿se extingue o se aminora con los años en los hombres que lo han llevado continuamente por más de medio siglo?

¿Puede sobrenadar como una reliquia de la juventud en esa época de desilusiones y de egoísmos?

Sí, y con grande asombro adquirí la prueba cuando por un momento creímos inmediato el conflicto internacional.

Y la adquirí oyendo exclamar con toda su alma al ilustre veterano Beránger:

—¡Así podría realizar mi suprema aspiración!

—¿Cuál?

—*¡Morir sobre la cubierta de un buque!*

.....

¡Que Dios se lo conceda!

Y a mí con él.

25 de octubre de 1896.

EL BAUTISMO EN EL NIAGARA

I

Cuando salí del Colegio Naval con el nombramiento de Guardia marina (en 1864) efectué varios cruceros en la corbeta *Villa de Bilbao* y luego otros tantos en la fragata *Esperanza*, ambas de vela. Después me embarcaron en la *Tetuán*, fragata blindada (muy semejante a la *Numancia*), con la que fuí a la isla de Cuba, y en ella estuve varios años.

En 1868 ordenaron su regreso a España y salimos de la Habana andando sólo cinco millas por hora a causa de que el buque tenía los fondos sucísimos. Calculamos al viaje más singladuras que las de las carabelas de Colón, supuesto que habíamos invertido diez días en embocar el golfo de Charleston, donde hallamos viento duro y mar gruesa.

Y como las olas alcanzaban al buque (yendo en popa) por su poca marcha y el cariz era muy malo, nuestros Jefes y Oficiales decidieron arribar. Para ello había que virar por redondo y *atravesarse* forzosamente, con sumo riesgo. Recuerdo bien esta maniobra. Apenas se puso a la orza el timón, los bandazos, ya enormes, llegaron a marcar casi 80° de amplitud; grandes *cucharadas* de agua entraban a bordo e inundaban la cubierta; notamos también que en cada balance quedaba la fragata *dormida,* cual si no pudiera vencer el peso y adrizar para caer sobre el otro costado.

En esos momentos críticos estaba el Comandante, D. Jacobo Mac-Mahón, en la toldilla y yo muy cerca. Nunca olvidaré que el bravo marino, al observar la pereza de cada balance, decía a media voz: «¡Ahora, ahora nos vamos!» Palabras que le oía incrédulo, con la inconsciencia y optimismos propios de la juventud ante los peligros más reales. Por fin terminó la virada sin que la *Tetuán* se hundiera, y ocho días después entrábamos en la Habana de retorno. Desde allí fuímos a Nueva York para limpiar los fondos del buque en uno de sus diques y para hacer luego rumbo a Cádiz.

II

Debo advertir que por primera y *única* vez en la vida anoté en un libro mis impresiones de viaje cuando estuve en Nueva York. Por eso puedo ahora citar los nombres de las hechiceras jóvenes que conocí y hasta cuál era el domicilio de cada una en aquella época. Ellas visitaban el buque a diario, nos invitaban a sus bailes, nos trataban como a camaradas o condiscípulos y respondían a nuestras ardientes declaraciones amorosas con coquetería y jovialidad. Hoy recuerdo y saludo, entre otras, a Miss Gessy A. Howard, Josephine A. Lynch, María Wellen, Fanny, Mary y Liley Wood, Ketty Cooper, Emilia Garbitig, Estela Haryman, todas las que hace cincuenta y seis años eran muchachas casi divinas y serán hoy, las que viven, venerables matronas, que, sin duda, conservarán vestigios de la incomparable belleza que poseían y que yo tanto admiré.

Pero no debo apartarme del motivo de esta crónica y omito curiosas noticias (que se detallan en mi libro de memorias) sobre el Nueva York y el Brooklyn de entonces, para emprender con mis *socios* de camareta y algunos Oficiales de a bordo nuestra marcha al Niágara Falls.

A dicho fin embarcamos en un vapor o *casa flotante* que por tres dólares y en nueve horas nos condujo cincuenta leguas río arriba hasta Albany y luego desde esta ciudad el ferrocarril nos llevó en diez horas y por once dólares hasta las famosas cataratas, distantes cien leguas.

Tampoco he de describir lo que tan conocido es, sino sólo aquello que juzgo indispensable para la mejor comprensión del acto que allí realizamos.

La cascada llamada de la *Herradura* (canadiense) y la *Cola del caballo* (americana) están separadas, al desbordarse, por la pequeña isla Goals; la altura de ambas pasa de cincuenta metros, su extensión lineal de cuatrocientos y el espesor de la masa de agua llega a veinte pies ingleses, lo que se comprobó lanzando en las rápidas el buque *Detroit,* que calaba diez y ocho y que montó la cascada sin tocar su tope.

La profundidad del río en que aquéllas caen se calcula que excede de doscientos pies.

El ruido de las cataratas varía mucho según el viento y estado de la atmósfera. A veces toda la ciudad tiembla y el bramido se oye a veinte millas. Otras veces nadie podría suponerlas tan próximas.

Los Guardias marinas formamos *rancho aparte,* y luego de haber visitado la *Cue-*

va de los vientos, el *Jardín Zoológico* de Canadá, etc., bajamos en unos vagones de cremallera al nivel del río, donde vierten las cataratas 25 millones de toneladas de agua cada hora.

En este río, y atracados a aquel punto de su orilla, se hallaban algunas lanchas pequeñas, que servían a los turistas para acercarse prudentemente y ver desde más cerca el majestuoso panorama. Embarcamos en una y ordenamos al remero que pusiese proa a la cascada; así lo hizo, y según avanzábamos se agrandaba a nuestros ojos el inmenso torrente, que al caer producía en el río una densísima nube de espuma de gran altitud y extensión; pero cuando llegamos a cierta distancia de ella el yanqui nos dijo que no se podía pasar más adelante.

—¿Por qué?—preguntamos.

—Porque nadie ha pasado de aquí.

—Pues seremos los primeros.

—¡¡Oh, no!!—gritó el yanqui, y se dispuso a virar.

Entonces le enseñamos dos monedas de oro y ofrecimos no extremar el avance. El estuvo indeciso medio minuto para optar entre oponerse al firme propósito de seis jóvenes marinos (1) o admitir la tenta-

(1) Éramos: Enrique Capriles, Julio Vera, Fernando Bastarreche, José Montojo, Pedro Lizaur y yo.

dora dádiva; por fin la tomó y nos cedió los remos. Acaso influyera más en su ánimo la vergüenza de que lo creyéramos cobarde.

Así, pues, ya conformes y persuadidos nosotros de que todas las virginidades, geográficas o no, estaban reservadas a los españoles, gritamos con alborozo: «¡Avante!», y el bote siguió acercándose a la cascada, cuyo estruendo ensordecía, hasta que penetramos en la espumosa nube. Paramos de bogar; pero la arrancada que aquél llevaba nos internó mucho y quedamos ocultos y envueltos en todos sentidos.

Entonces procuramos retroceder; mas de repente una fuerza misteriosa se notó que empujaba, repelía a la lancha y obligábale a salir de su encierro vaporoso, girando sobre sí misma. Nos hallamos, pues, en franquía y de nuevo en medio del río, ante su hermoso paisaje y bajo los rayos del sol.

Apenas repuestos de la sorpresa y curados del susto, comprendimos cuál había sido la causa de tan *humanitario* fenómeno. Sabíamos de antemano que al caer verticalmente la masa de agua de ocho metros de espesor desde cincuenta de altura y con velocidad inconcebible rompía la superficie del río y, compacta, se sumergía en él hasta su profundo lecho y que desde allí

seguía en sentido horizontal unida al fondo y formando una veloz corriente subacuática; que esta corriente no se notaba en la superficie hasta pasados cuatrocientos metros de la caída del agua, pero sí más allá, porque la masa ascendía al par que era menor la profundidad y anchura del río, y que ya distante un kilómetro la corriente llegaba a su nivel, donde producía enormes saltos, oleaje y remolinos violentísimos.

Pero, en cambio, ignorábamos antes en absoluto cuál sería la reacción mecánica que se originase al pie mismo de la cascada: si absorbente o repelente, y la experiencia nos acababa de probar que allí se desbordaba el agua convertida en espuma, con fuerza impulsora hacia afuera, aunque en muy corto radio.

Convencidos ya todos de que era *imposible* que aquélla nos absorbiese, repetimos la embestida con idéntico buen resultado, sin que el yanqui se opusiera; al revés, parecía muy satisfecho por la enseñanza que adquirió.

No sé si, en el más de medio siglo transcurrido, nos habrán imitado otros turistas y será hoy un deporte tomar duchas sin riesgo al pie mismo de las cascadas. Lo supongo indudable.

A nosotros, cuando subimos al monte, se

nos acercaron varias *misses* que habían visto con estupor, desde Goals-Islant, nuestro eclipse momentáneo y con alegría el término de la audaz aventura, que según ellas, debía llamarse «bautizo del Niágara».

. . . . . .

Esta crónica es la única del libro escrita hoy, pues las demás tienen la fecha en que se publicaron; pero he creído oportuno que constase en él algún rasgo característico de los caballeros Guardias marinas.

Enero de 1925.

MI PRIMER MANDO

I

En julio de 1872 me dieron el mando de una lancha cañonera recién construída en la Habana.

Yo era entonces Alférez de navío, y encontré mi buque espléndido.

Se llamaba la *Lista*. Medía 14 metros de eslora, 3 de manga, 1,5 de puntal y uno de calado. Su máquina era de dos hélices, con fuerza indicada de 24 caballos; su velocidad debiera exceder de 6 millas (pero no cumplió con lo debido). Montaba un cañón de bronce rayado de 6 centímetros. Su tripulación se componía de 14 hombres.

Como la *Lista* estaba destinada a operar en el río *Cauto*, plagado entonces de insurrectos, fué blindada con hierro de suficiente grueso para detener la bala de fusil. También se le dotó de planchas movedizas y manejables, que enganchaban en

una baranda sobre cubierta. Después vimos que todo aquello era nulo ante los proyectiles Remington.

Desde la Habana a Manzanillo (pasando por cabo San Antonio) hay más de 300 leguas, distancia que salvó la *Lista* a remolque de un cañonero, cuyo Comandante aún recordará con emoción las peripecias de aquel viajecito de *placer*, que duró quince días.

Por milagro escapamos de una catástrofe.

Durante una semana hubimos de mantenernos con tocino crudo y galleta.

Por fin llegamos a Manzanillo, y poco después entré en el *Cauto*, río de 35 leguas de curso; su boca dista 15 millas de aquel puerto y su nacimiento arranca de las sierras del Cobre.

II

El río *Cauto* es angosto y muy profundo, sombreado en casi toda su extensión por altísimos árboles de selva virgen, donde casi no penetra el sol, pero tampoco la brisa. La temperatura es sofocante en invierno, y en verano, insufrible. Cierto día

vi caer medio asfixiadas algunas gallinas de Guinea en el río al procurar atravesarlo.

Nada más pintoresco que aquellas márgenes ni más insalubre; nada tan majestuoso y bello durante el día y tan imponente y triste durante la noche. En las horas de sol animan el paisaje innumerables pájaros de diversos tamaños y colores, desde la garza real a la cotorra, desde el ave de rapiña a la perdiz, y cruzan las verdosas aguas el cocodrilo y la gicotea (especie de tortuga). En las horas de tinieblas interrumpen el natural silencio los mujidos del toro salvaje, los ahullidos del perro jíbaro y otros ruidos extraños e indefinibles.

La mayor anchura del río no llega a 100 metros, y sus tornos y revueltas, sembrados de troncones sumergidos, hacen peligrosa la navegación. En todo su primer tercio, o sea hasta donde alcanza la manigua, hay plaga de mosquitos.

Yo tenía a bordo a un Cabo de mar con carácter de Contramaestre que era una alhaja: joven, fuerte, trabajador, enérgico y entendido a fuer de valenciano; se llamaba Baeza. Confieso que en diez y seis años consecutivos de vida de buque no he encontrado otro que le igualara.

Baeza fué el único hombre de la primi-

tiva tripulación de la *Lista* que salió conmigo del río *Cauto;* todos los demás murieron en él.

Sí; allí murieron, no solamente aquéllos, sino los enviados, por su desgracia, para cubrir vacantes.

Esto produjo horror en el Apostadero, y como medida salvadora, el Vicealmirante D. Nicolás F. Chicarro (mi futuro suegro), que lo mandaba, me envió una tripulación de negros y de manilos. En efecto; fué acertado, pues sólo una tercera parte pagó con la vida su estancia en el río.

Las fiebres infecciosas en primer término, el tifus y hasta el cólera eran azotes tan terribles como inevitables. No bastaba salir del *Cauto,* que así lo hacía yo a menudo para llevar los enfermos al hospital de Manzanillo. A bordo de mi cañonera no había médico, ni era posible que lo hubiera, ni medicamentos de ninguna clase; cierto que la mejor botica habría sido tan inútil como un libro en japonés.

Allá en el fondo del río, donde comienza a ser navegable, se hallaba (y se hallará) un pueblecito llamado *Cauto el Embarcadero;* en él se acuartelaba un batallón de cazadores: el batallón de Antequera.

Aquel punto, distante más de 60 millas de la boca, era el que con más frecuencia visitaba yo para dejar enfermos y hacer

víveres. También solía visitar un fuerte situado entre dicho pueblo y la desembocadura, en el que existía un corto destacamento. Se llamaba el *Guamo.*

Cauto el Embarcadero y el *Guamo* eran, pues, los únicos lugares donde hallaba gente amiga.

Todas las orillas estaban desiertas o debían estarlo, supuesto que mis instrucciones mandaban hacer fuego sobre cualquier persona que alcanzara a distinguir.

III

¡Cuán cierto es que el sentimiento se embota o se adormece! Yo me había acostumbrado a ver cómo desaparecían los hombres de mi cañonera y, con rubor lo confieso, encontraba muchas horas de encanto en aquellas agrestes márgenes, en aquel silencioso y magnífico bosque, atravesado por una larga cinta de agua verde y tranquila, cual fácil camino abierto por la industria más bien que por la Naturaleza.

La pasión por la caza me enloquecía. ¿Dónde pudiera ejercitarla con más amplitud? Desde el tierno pajarillo a la sabrosa gallina de Guinea solicitaban constan-

temente el tiro de perdigones, y no de tarde en tarde un tiro de bala el jabalí, el toro, el caimán y (Dios me perdone) el hombre, el insurrecto, que aparecía entre los árboles sólo el instante preciso para disparar su fusil y lanzarnos una carcajada o una blasfemia.

Así es que por lo común navegaba yo sentado a popa sobre cubierta, con la escopeta a un lado y el rifle Spencer a otro, los que debidamente empleaba según se ofrecían a la vista ejemplares de caza menor o de caza mayor. Imagínese bien el poco cansancio con que caminaba muchas leguas y lo abundante y variado de las piezas que recogería.

En las instrucciones oficiales se me recomendaba mucha movilidad, y a fe que las cumplía concienzudamente. El tránsito del río por las partidas insurrectas era tanto que diariamente hallábamos y destruíamos dos o tres balsas. Algunas llegué a distinguir con *cargamento;* pero de súbito todo se arrojaba al río y en cuatro brazadas ganaba el bosque. Sorprenderlos era imposible; el ruido de la máquina se oía a enorme distancia en aquel desierto. Sin embargo, mucho lográbamos, porque el constante deshacer balsas (algunas de 200 pies de superficie) dificultaba en extremo al enemigo la frecuencia del paso.

Mas como no es ahora mi propósito referir hechos de guerra ni escaramuzas, sino episodios de caza, a éstos voy a concretarme.

Yo era el proveedor *egoísta* de la cocina de a bordo. Los marineros disfrutaban de manjares que nadie desdeñaría. He aquí el menú:

Sopa. Pescado de varias especies. Guisado de gallina de Guinea con arroz, carne de toro a la parrilla y dulce de guayaba.

Sólo por excepción comíamos *hutias* o *jutias* (especie de rata enorme que sabe a conejo). Este animal abunda allí extraordinariamente y se le halla siempre encaramado a los árboles. Su caza es facilísima. Nunca huye. Puesto un cazador al pie del árbol, le puede disparar veinte tiros hasta que herido o muerto cae pesadamente.

Las gallinas de Guinea levantan el vuelo cuando se les acosa en tierra; pero si el bando está posado y repartido en las ramas de un árbol frondoso, en él permanecen aunque se les fusile; así he matado sucesivamente ocho o diez gallinas. No respondo que sea regla general, pues casi siempre he herido a esta clase de aves o peonando en los claros del bosque o de tenazón al levantar el vuelo.

Las garzas y otros muchos pájaros acuá-

ticos (cuyos nombres he olvidado) revoloteaban por las orillas; para cobrarlos me servía a la perfección un magnífico perro, legítimo de Terranova, que había adquirido en el muelle de la Habana presintiendo su mucha utilidad.

La caza del caimán es muy sencilla. Una bala cónica atraviesa su coraza como si fuese de papel. Dudo que el cocodrilo del Nilo sea impenetrable a tales proyectiles. Las dimensiones de aquél exceden a las del caimán de las Antillas, pero no mucho, pues entre los 30 ó 40 de estos reptiles que he matado algunos tenían tres metros y medio de longitud.

Junio de 1883.

MI AMIGO "DIK"

Era cachorro y casi salvaje cuando lo compré en la Habana, a bordo de un bergantín americano que procedía de Terranova. Le dispuse alojamiento en la cañonera que mandaba yo, y pronto estrechamos relaciones. Durante el viaje desde aquel puerto al de Manzanillo me dió el primero y único disgusto. Retozando en cubierta se cayó al mar; cien veces lo creí ahogado, porque las olas lo cubrían y el bote tardó mucho en recogerlo. ¡Pobre *Dik!* ¡El agua que habrás bebido!, pensaba yo, mientras él, apenas saltó a bordo como una ardilla, se apoderaba de un mendrugo de pan.

No tardó en civilizarse. En Manzanillo, todas las mañanas le ponían entre los dientes la cesta de la compra, la llevaba al mercado, esperaba que la llenaran de víveres y los traía intactos al cocinero. Pero una vez que se distrajo le birlaron la cesta. «*No importa*—debió decirse—; *iotras*

hay!» Y cogiendo con la boca la mejor surtida corrió hacia el muelle, saltó al buque y, ufano, hizo entrega de su cargamento. Luego fué a reclamarlo su dueño legítimo; pero jurara que *Dik* no se dió cuenta de este incidente.

Cuando yo iba a tierra para visitar a mis amigos tenía la seguridad de hallarlo en una u otra casa. Su sistema era colarse en cuantas conocía, recorrerlas sin ceremonias, buscándome, y al fin daba conmigo... ¡Qué transportes de alegría!

En el hermoso y desierto río Cauto nadie podía bañarse sin que *Dik* se echara al agua y *velis nolis* lo sacara a la orilla. El me traía a la mano todas las aves que tumbaba mi escopeta, y con intrepidez perseguía nadando a los caimanes; pero en cierta ocasión que no anduve listo para romperle la cabeza de un balazo a uno de aquellos reptiles, *Dik* se vió cogido por sus terribles mandíbulas, y aunque maté al caimán, mi valiente amigo sacó una oreja y el labio desgarrados. Desde entonces hizo renuncia a toda persecución, y apenas llegaba a su olfato el olor de almizcle se zampaba en la sentina.

Me debió la vida, sin duda; pero tardó poco en pagarme su deuda, lo que no parecerá inverosímil, pues se trata de un animal.

Cierto día encontré en las calles de Manzanillo a un guajiro, acompañado de un perro canela, grande y fuerte; al distinguirme el can se enfurece y se lanza sobre mí; pero antes de que hubiera logrado tocarme *Dik* se interpuso y trabó con él una lucha. Pronto vi al perro jíbaro panza arriba y al de Terranova, dominándolo... Por fin los separamos; pero el jíbaro se lanzó de nuevo contra mí y desgarróme una manga y algo más sensible... Entonces hubierais visto a mi fiel compañero trocarse en un león y arrollar a su contrario. En vano el guajiro y yo intervinimos. *Dik* no se satisfizo hasta que el canelo dejó de moverse.

Nos alejamos y dirigimos al Casino del pueblo; allí lo curé con aguardiente y le hice servir dos *Chateaubriants* y varias panetelas, mientras contemplaba yo enternecido sus heridas, diciéndome:

—¡Lo que me hubieran hecho sufrir todas esas mordeduras!...

. . . . . .

Cuando regresé a España *Dik* me acompañó. En la amplia casa de mis padres fué recibido con el agasajo que merecía. Allí salió a su encuentro la hermosa *Diana*, gran cazadora de conejos y perdices, que había parido veinte veces; pero *Dik* no reparaba en pelillos, y a su lado pasó ni en-

vidiado ni envidioso el resto de la existencia.

Han transcurrido treinta años. En tan largo período tuve muchos amigos y camaradas, buenos, amables, útiles; pero... cuando pienso en la abnegación y la fidelidad sólo un nombre acude a mi memoria:

¡El del amigo *Dik!*

Octubre de 1903.

BIBLIOTECA DE Granada ANDALUCÍA

LA CAZA DE TIBURONES

I

Juzgo interesante, por sus peripecias y originalidad, una cacería que realicé, y sobre la que hasta ahora no he visto ni oído cosa que se le parezca.

En uno de mis viajes de *Cauto* a Manzanillo supe que los tiburones estaban haciendo estragos en la rada; que aparecían por debajo del muelle de madera; que rondaban de continuo alrededor de los buques; que algunos días antes habían devorado a un hermoso perro y poco después a un pobre negrito de catorce años.

Los tiburones solían verse entre dos aguas e imponían terror por sus dimensiones. Concebí la idea de pescarlos; mas no tenía a bordo un curricán de bastante resistencia.

Resuelto a conseguirlo, decidí no regresar al *Cauto* por entonces y cada día practicaba alguna idea poco eficaz.

Pero cierta tarde maté a un gran cocodrilo en un riachuelo cercano e imaginé ponerlo de cebo a los tiburones, amarrándolo bien y atando la cuerda a un poste de la punta del muelle.

Yo me aposté allí de centinela con mi rifle.

El cocodrilo muerto no enseñaba mas que la prolongada cabeza y permanecía vertical.

Transcurrió media hora.

De pronto la cuerda dió un tremendo estrechonazo, el agua se removió y trocóse en fango puro; una lucha de gigantes parecía entablada bajo la superficie y por momentos aparecía ante mis ojos un lomo negruzco o una aleta blanquecina. El tiburón había hecho presa del caimán y procuraba partirlo o arrancarlo del poste.

Esperé uno de los instantes en que descubría el lomo e hice fuego.

Inmediatamente cesó la lucha y el ruido; todo quedó en calma. Miré y nada distinguí; sondé y no hallé mas que el fondo. El caimán había desaparecido y también el tiburón.

Yo no dudaba de haberlo herido, pues casi lo tocaba con mi rifle; pero herido o muerto en el fondo debería estar y no se le encontraba.

Traté de convencerme y salí en el bote

con tres marineros para explorar el sitio del disparo, donde la profundidad era de dos brazas. Después de algunos minutos de pesquisas, vimos un enorme cuerpo gris que reposaba en el fango.

Era el tiburón tendido boca arriba y sin movimiento. Otro enorme escualo se hallaba, al parecer, reconociéndolo, y al reparar en nosotros se alejó.

Todos lanzamos un grito de alegría.

—Es preciso extraerlo y llevarlo sobre el muelle—le dije a Baeza.

Este procuró engancharle el largo bichero (1) en una aleta. Fué sencillo. Y como todo cuerpo sumergido pierde de su peso el del agua que desaloja, mis hombres lo elevaron fácilmente hasta la superficie, a pesar de que medía cinco metros de longitud.

Cuando el gentío que ocupaba los muelles lo vió aparecer rompió en aplausos. Mas de repente el bote sufrió un vaivén, que casi lo vuelca; el enorme pez había revivido y se agitaba, descubriendo todo el lomo.

Baeza y los otros dos tenían agarrado el bichero con todas sus fuerzas.

---

(1) Palo fuerte y flexible, de tres a cinco metros de longitud, que termina en un hierro de punta y un gancho; sirve en las embarcaciones menores para atracar y desatracar.

El tiburón, ya a flor de agua, emprendió una marcha velocísima hacia fuera del puerto, arrastrando al bote, que iba casi sumergido de proa.

Yo temía que el bichero se desprendiese, mas estaba profundamente clavado en la aleta; preciso era que no lo abandonaran.

—¡Apretad los puños! ¡Cuidado con soltar!—gritaba yo.

—¡Primero me cortan las manos!—respondía Baeza.

Mientras, disparé sobre el tiburón, que aceleró su marcha (1).

El rifle Spencer contiene siete cartuchos, y consumí el tercero sin resultado.

El bote seguía anegándose y los marineros jadeaban de cansancio. Un minuto más y el escualo se marcha con el bichero.

—Señor—dijo Baeza—, el tiburón va muerto.

—Pero corre...

—Es que lleva mucha *arrancada*—respondió gravemente.

Al fin di con un medio seguro. Puesto un pie sobre la borda y otro sobre el hombro de Baeza, dominando mucho mejor al enemigo, le lancé el cuarto proyectil.

---

(1) Siempre que recuerdo esta aventura, le hallo analogía con la del famoso globo, de Julio Verne, remolcado por un elefante.

Entonces el tiburón se detuvo y comenzó a descender.

Ya era nuestro; otro tiro lo dejó totalmente exánime y se pudo remolcar.

En el acto le pasamos unas cuerdas por el cuerpo y lo llevamos al pie del muelle. Allí fué recibido con atroz algarabía por el pueblo y los soldados de la guarnición, que se apoderaron de las cuerdas y subieron al terrible pez.

Sobre las tablas del muelle examiné su enorme boca y el carácter de sus dientes; tenía seis filas en cada mandíbula y se hallaban fijos en células membranosas pero musculares, que le permitían poner en juego al morder el número de dientes que quisiera, erizándolos como por un resorte.

Después autoricé a los soldados para que lo descuartizaran y así lo hicieron en pocos minutos; cada hombre se llevó un trozo de aquella carne dura e indigesta. En vano les grité que no se comía, que casi no se mascaba; ¡inútiles clamores!

No se crea que yo quedaba contento; faltábame el *otro*, no menos grande y temible, que habíamos visto reconociendo al herido.

Sobre el muelle no quedaba mas que la colosal cabeza del escualo.

Contemplándola se me ocurrió ponerla de cebo como había hecho antes con el

caimán, y aunque *nunca segundas partes fueron buenas,* en este caso resultó insuperable.

A poco de echarla al agua fué cogida por el otro tiburón. Lo mismo que anteriormente, hice fuego sobre el lomo a boca de jarro y quedó mal herido en el fondo, cerca de un pailebot.

Desde allí lo enganchamos con el bichero, se atrajo hasta la superficie y se envasó con rapidez. Sólo en los momentos de *levarlo* fuera del agua comenzó a dar terribles coletazos en el aire.

Le encajé tres tiros y, ya nuestro, se introdujo a bordo.

Allí le abrieron el vientre, hallándosele un tiburoncito muy bien formado, que vivió cuatro días en una tina con agua.

De este modo extraordinario y original exterminé a la *amable* familia.

El que sepa lo difícil que es apoderarse de un tiburón, lo duros que son para morir, lo temibles dentro y fuera del agua y la astucia que poseen para librarse del cebo no prestará mucho crédito a mi relato.

Afortunadamente, el lance tuvo mil testigos de vista. La curiosa cacería de los tiburones fué objeto de conversación en todas las casas de Manzanillo, y yo podría probar plenamente la exactitud de sus puntos si en ello ganara algo; por ejem-

plo, una apuesta contra cualquier incrédulo.

II

He dicho que no quiero referir episodios de guerra; pero sí debo enviar un saludo cariñoso a los entonces Oficiales del valiente batallón de Antequera, algunos muy conocidos y apreciados hoy en la república literaria, como el doctor D. Felipe Ovilo y el poeta D. Adelardo Calle. También era un publicista muy distinguido el ya difunto Coronel que mandaba aquel batallón, D. Nicolás Castor de Caunedo.

Con ellos tuve la gloria de compartir las fatigas y los trabajos de una expedición que duró seis días; recorrimos 30 leguas de un territorio por donde hacía mucho tiempo no transitaba ningún soldado.

Raro parecerá que yo abandonara la lancha para seguir a la tropa en tan larga expedición; mas la cosa fué *muy correcta*. Cierta vez que perseguíamos una balsa a toda fuerza de máquina saltó en varios pedazos la tapa del cilindro; atraqué entonces a *Cauto el Embarcadero* para remediar la avería (que inutilizaba el buque durante dos semanas) y, enterado de que

el batallón de Antequera salía a operar, puse un oficio al jefe de la división naval, en que le notificaba que iba a tomar parte en la operación con algunos marineros.

Dejé, pues, muy recomendado al maquinista la compostura del cilindro, y poco antes de salir, mientras me colgaba el machete y recogía cartuchos, exclamé en voz alta, recordando la novela *M. Cheramí*, de Paul de Koch:

—Vamos allá. ¡Ahora tengo mi liebre!

—¿Una liebre aquí, mi Comandante?— preguntó Baeza.

—Aún no; pero la traeré; es mi secreto; por ella vine al *Cauto*.

Seis días después había yo regresado a la cañonera sin novedad. En las 30 leguas que recorrimos hallamos dos veces a las partidas insurrectas y las derrotamos completamente. La más numerosa (de 500 hombres) en los montes de *Curaito*, y la menor, en *Laguna de indios*. Entonces supe apreciar todo el valor y sufrimiento de nuestras tropas y más particularmente de la veterana que componía el batallón de Antequera y su caballerosa oficialidad.

Cuando entré a bordo me dijo Baeza con malicia:

—¿Y la liebre, señor?

—La traigo en el bolsillo; no lo dudes.

Poco después dejé el mando de la *Lista*, porque me hallaba muy mal de salud, y vine a España.

Transcurridos algunos meses me concedieron el empleo de Capitán de Ejército por las operaciones en el Cauto.

. . . . . .

Pero ¿qué habrá sido del honrado Baeza? (1).

Hubiera visto la *liebre* que yo perseguía.

Almanaque de la «Ilustración Española y Americana» de 1883.

---

(1) Véase que pronto la casualidad satisfizo mi pregunta:

Dos meses después de publicada esta crónica me visitó en el Depósito Hidrográfico, donde yo estaba destinado, un señor Ingeniero de Caminos, que regresaba de Cuba, para entregarme en propia mano una carta de Baeza, quien se hallaba entonces de torrero en un faro de Cienfuegos y a las órdenes de aquel amable señor, cuyo nombre siento no recordar.

Baeza me decía, entre otras cosas personales, lo siguiente:

«*Muy señor mío y antiguo comandante: Con mucha alegría tuve noticias de usted leyendo en un periódico lo que escribió usted de la cacería que dimos a los tiburones en Manzanillo.*

Me parece que fué ayer cuando fuimos remolcados y cogimos luego la hembra. Muchas veces hemos recordado en el pueblo todo lo que pasó.

También me parece que fué ayer cuando usted se marchó del Cauto, lo que sentimos todos porque lo queríamos de verdad. . . . . .

. . . . . .

Ordene lo que guste en ésta a su antiguo subordinado que mucho le distingue.

FRANCISCO BAEZA».

Le contesté en seguida. Muy posteriormente, cuando perdimos la Isla de Cuba, me nombró su apoderado para que cobrase en España unos haberes que el Estado le debía; por cierto que al fin no se lo pagaron.

PUNTOS DE VISTA

LA FLOR DEL CAUTO

Amigo Moya, bien lo sabe usted; no le agradaron los *Puntos de vista* que le llevé ayer tarde, y me pide otra crónica con distinto asunto. ¡Y en una hora!... Obedezco; pero no olvide lo perentorio para perdonarle sus faltas.

¿Una crónica interesante? Hablaré de Cuba, supuesto que allí, por cuidados del honor, convergen las miradas de todos los españoles.

Mis recuerdos son de hace veintitrés años; pero ¿qué importa? Todo está igual: el mismo grito de guerra, el mismo soldado que admiré y convertidos en fieros insurrectos los niños que entonces se amamantaban.

También entonces la juventud, sin miedo y sin cordura, iba conmigo. ¡Qué hermosos parecen hoy aquellos terribles días!

Mis aventuras son reflejos pálidos de las

de otros muchos; pero caracterizan las de la generalidad.

. . . . . .

Estábamos en el puerto de Gibara; mi malogrado compañero Paco Giles y yo salimos a cazar por los alrededores; nos alejamos sin ver una pieza, pero sí escuchamos ruidos inexplicables.

—Regresemos—dijo aquél—; puede que sean mambises y nos maten a traición.

—A traición no lo harían, porque los creo valientes, y no son asesinos; ten esa seguridad.

Y volvimos a bordo.

Aquella misma noche atacaron a Gibara los insurrectos y saquearon un barrio. Su jefe dejó dicho: «*Hoy estuvimos a punto de fusilar a dos Oficiales en la Manigua; pero uno garantizó al otro que éramos incapaces de asesinar y yo no había de desmentirlo; por eso viven*».

Sin embargo, no vacilaron entonces en machetear horriblemente al Alférez de navío Pardo, que fué sorprendido en una casa de visita.

Y más tarde, ¡cuántos recuerdos de mi estancia en el río Cauto se atropellan en mi memoria! La caza abundantísima como placer único; la muerte siempre a bordo para llevarse uno por uno hasta el completo de dos tripulaciones, dejándome el al-

ma embotada; los coros de insultos soeces de enemigos invisibles que interrumpíamos a metrallazos...

Y entre todos los fantasmas se sobrepone el de aquel negro gigantesco que, callado, sigiloso y medio oculto entre los árboles, distinguí de súbito, apuntándome con su carabina.

Yo lo imité rapidísimo con mi rifle y dos balas se cruzaron. Quedé ileso; vi que cayó, y la lancha cañonera siguió su marcha, alejándose río arriba.

Al regresar días después... *allí estaba,* porque sin duda no fué hallado. ¡Cómo impresiona el esqueleto de un hombre roído por los buitres! Nunca se olvida.

Pero a cambio de la vida que segué en defensa propia y de mi patria quiso Dios permitirme que salvara en el mismo *Cauto* la de una criatura inocente y angelical.

El relato exactísimo de este suceso probará otra vez que nada hay tan novelesco como los hechos reales.

Guamo es o era (pues creo que lo han destruído hace poco) un pequeño poblado, que hallábase a media distancia entre la boca del río y su límite navegable. En él me detenía con frecuencia para descansar.

Una tarde paseaba yo cerca de sus bohíos más lejanos y tropecé con una niña

de raza blanca, de ocho a nueve años de edad, cuyo aspecto me causó horror.

Iba totalmente desnuda; su delgadez no podía compararse a la de ningún ser viviente; sólo se le veían los huesos; sus brazos y piernas en absoluto descarnados, la cara lívida y su vientre hinchado como el de una hidrópica.

—¿Quién eres?—le pregunté, deteniéndola.

—Soy Leonarda—murmuró casi sin aliento.

—¿Y tus padres?

—No tengo familia ninguna.

—Pues ¿dónde vives?

—En ese bohío con una morena.

La *morena* era una negra muy vieja y también flaquísima. Díjome que aquella niña había quedado sola en el mundo y, compadecida, la recogió; que le daba de comer lo que a ella le sobraba, que era bien poco.

Entonces comprendí que la huérfana se moría de hambre y para remediarlo desde aquel día repleté la *despensa* del bohío con huevos, arroz, azúcar, café, vino, etc., y cada semana enviaba carne fresca (de los toros que cazaba) y gallinas de Guinea. De mi primer viaje a Manzanillo le llevé ropas y calzado.

No tardó Leonarda en cambiar de as-

pecto ostensiblemente. Yo la veía con poca frecuencia y me felicitaba de haber acertado con su única enfermedad.

Cuatro meses después nadie la hubiera reconocido; había engordado, tenía buen color, sonreía y al verme corría presurosa para arrojárseme al cuello.

¡Aquella pobre *Flor del Cauto,* único ser que allí me amaba con ternura, hacíame pensar en cuántos otros no lograrían ni el necesario sustento, pereciendo como fieras abandonadas!

Pero pronto fuí relevado de mi mando; se me ordenaba volver a España, y esto me hizo discurrir:

¿Dónde dejo a la pobre niña? No quiero que vuelva a su pasada miseria y desnudez.

Entonces relaté todo al Sr. De Van Halen, Comandante de Marina de Manzanillo, y su digna señora lloró al oírme. Deseó conocer a Leonarda y que la llevase en seguida.

—Será para nosotros una hija más—me dijo.

—¡Pues que Dios se lo premie!

Y le dejé tranquilo a mi tierna amiguita cuando embarqué para España.

. . . . . .

Transcurrieron diez y ocho años.

Nada había yo vuelto a saber de ellas cuando recibí una carta de la señora de Van Halen, ya viuda, en la que me invitaba a que la visitase en su casa de Madrid.

La hallé rodeada de varias jóvenes, hijas suyas.

—Lo he llamado—me dijo—porque desea verlo una antigua amiga de usted. Esta señorita.

La saludé respetuoso y reparé en ella. Era una hermosa mujer, alta y rubia, que no recordaba haber visto jamás.

—¿No la conoce? Es Leonarda.

—¡Imposible!

—Sí, señor. Yo soy—me dijo con lágrimas y tendiéndome la mano—. ¡Yo, que no lo olvidaré nunca!

Me sentí cohibido y quise atajar toda referencia, pero no pude. Ella me hizo saber que era feliz, porque su protectora la quería como una madre y que iba a casarse en breve plazo.

Le dí mi enhorabuena de todo corazón y al despedirme prometí volver... No lo hice (1).

Y pasaron cerca de tres años.

---

(1) Y no volví, porque temía recordarle a menudo la desnudez y miseria de su infancia y mi protección. Por tanto, en nuestra entrevista, más que amable, estuve con ella respetuoso.

Pero recientemente vi a una amiga de aquella casa y le pregunté:

—¿Se casó la protegida de los Van Halen?

—No; la pobre ha muerto.

—¡Muerto! ¿Cuándo?

—Hace dos años. Su prometido la abandonó; ella amaba mucho; cayó enferma y no pudo salvársela.

Sentí hondo pesar porque aquella niña que resucité hubiera bajado al sepulcro en plena juventud.

Ignoro si su prometido fué culpable o no; su conciencia lo sabrá. Pero lo conozco; es un buen literato y periodista, que no leerá esta crónica con indiferencia.

La pobre *Flor del Cauto* descansa ya; por eso revelo su historia triste y envío mi pésame a su madre adoptiva, la noble señora de Van Halen.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Querido Moya: Usted me ha obligado a improvisar un artículo y, sin tiempo para discurrir, he dejado correr la pluma por el campo de mis recuerdos. Si el público tacha de personal el tema y de incorrecta la dicción, replíquele usted.

Yo mantendré solamente un mérito en mi relato:
El de que es todo verdadero (1).

(Publicado en *El Liberal* de Madrid, día 10 de Febrero de 1896.)

( ) Este artículo originó un incidente muy curioso. Dos meses después de publicado recibí una carta de Montevideo, a la que contesté en *El Liberal* el 10 de abril de 1896 en estos términos:

«Sr. D. Juan Puig Marcel
»Comandante de la estación naval del Sur
»de América.

»Distinguido amigo: Recibo su carta del 11 de marzo, »cuya esencia es la siguiente:

»*Todo lo que usted cuenta al público en su artículo pu-*
»*blicado en El Liberal, «Puntos de Vi ta», es exacto, con la*
»*diferencia de que no fué usted sino yo el que alimentó a*
»*sacó del Guamo a la niña Eloína para entregársela a la*
»*familia de Van Halen, y como este hecho lo he referido y*
»*muchas personas, claro está que creerán que mi relato*
»*fué falso, que traté de engalanarme con méritos ajenos,*
»*puesto que es usted el que aparece como protagonista y*
»*no yo. Así es que espero se sirva hacer una rectificació n*
»*en EL LIBERAL del modo y manera que le sea a usted*
»*menos molesto; pero que deje en su lugar a cada cual,*
»*sin dudas de ningún género.*»

Y vea usted si le complazco hasta el punto de contestarle en el mismo periódico, pues me importa más que a usted que este curiosísimo incidente obtenga la mayor publicidad.

Su carta me produjo una sorpresa tan grande, que si no lo conociera a usted desde hace veinticinco años y no lo tuviese por hombre serio, hubiera creído que estaba usted loco o que me daba una pesada broma.

¿Con que era usted y no yo el que había favorecido a la pobre Eloína? ¿Con que era usted, cuando ni siquiera tenía yo remota idea de que usted ni nadie conociese la historia de la pobre niña y salimos con que el que no ha tenido *arte ni parte* en su historia soy yo?

Pero atento, repito, a los antecedentes de la seriedad de usted, visité a la señora de Van Halen, antes de contestar su carta, por ser ella la testigo de mayor excepción y la que podría explicarme el fundamento de sus reclamaciones incomprensibles.

RECUERDOS DE PERAL

I

Muchos de mis lectores (de edad madura) recordarán la persistente campaña periodística que hice en los años 1886 al 88 para que la opinión pública se enterara del invento de Peral y con su apoyo conseguir que el Estado acordase el crédito que exigía la construcción del submarino; que luego de haberlo logrado, pedí (co-

---

Y en efecto, esta señora me dió la clave, resolviendo el enigma.

Comienzo por declarar, no con una simple afirmación, sino bajo mi palabra de caballero (lo que equivale a no consentírle a nadie ni la sombra de una duda), lo siguiente:

1.º Que a principios del año 1873 encontré en el *Guamo* (río Cauto) a la niña Eloína, completamente desnuda, hecha casi un esqueleto, medio muerta de hambre y que vivía con una negra en un bohío.

2.º Que, compadecido, la alimenté, cuidé y vestí, sirviéndole de protector *único*, hasta que a fines de abril de aquel año fuí pasaportado para España (fecha tomada de mi hoja de servicios).

3.º Que entonces hablé en Manzanillo con la señora de Van Halen, respecto a la situación de Eloína, y que aquella digna señora me ofreció ampararla y yo quedé en llevársela al entregar el mando de la cañonera.

4.º Que cuando escribí los *Puntos de Vista*, confieso

mo indicio de mi buena fe) y obtuve el permiso de asistir a todas sus pruebas.

Con tal objeto hice tres viajes a San Fernando (siempre por mi cuenta); pero en vísperas de efectuarse las de alta mar, el General D. Florencio Montojo, que mandaba el Departamento, me desembarcó del submarino; alegué que estaba en él de Real orden, y quiso arrestarme. Por tanto, regresé a Madrid.

Pero cuando, algún tiempo después, el General Montojo fué nombrado Ministro de Marina, me llamó para decirme:

—Tenía la firme creencia de que era usted quien me censuraba en un periódi-

---

que no acudían a mi memoria los pormenores de cómo efectué su entrega a la señora de Van Halen, pues ningún incidente de la estancia a bordo de la niña lograba recordar; sin embargo, como los hechos posteriores me probaron que el traslado se realizó, llené el hueco creyendo de buena fe que yo mismo había sido, y así lo expuse, sin darle importancia ni trascendencia a su grado de exactitud.

5.º Que hasta diez y ocho años después no volví a ver a Eloína, convertida en una mujer hermosa que estaba en vísperas de casarse y que con lágrimas me dijo: «Sí, soy la misma y nunca le olvidaré.»

Observe usted que esto es exactamente lo mismo que declaro en mis *Puntos de Vista* y que la inexactitud en que incurrí al suponer que fuí yo mismo el que hizo entrega material de la niña no influye sino de manera muy secundaria en la veracidad total de mi relato; y que explícase por el hecho de haber transcurrido veintitrés años de aquellos sucesos, que casi había borrado de la memoria, pues *ni por casualidad ni por inci encia los revelé a nadie* en tan largo período, hasta el punto de haber *olvidado el nombre verdadero* de la niña, que era *Eloína* y no *Leonarda* y cuya historia hice pública sólo cuando

co gaditano; pero convencido luego de mi error, debo ahora pedirle que me perdone por haberle impedido asistir a las pruebas oficiales.

—Mi General — contesté —, agradezco mucho sus nobilísimas excusas, y con sinceridad declaro que entonces me hizo usted un gran favor, pues merced a su errónea creencia puede regresar a mi casa, donde había dejado a mi santa madre casi agonizando y aún la hallé con vida para despedirse de mí.

---

supe que había muerto y que mis revelaciones no podían ni humillarla ni recordarle beneficios.

Ahora sepa el público cuál fué la intervención de usted en este asunto.

La señora de Van Halen, a quien acudí, como digo, para que aclarase el fundamento de la reclamación de usted, me ha dicho lo siguiente: 1.º Que no fuí yo, sino usted, el que le llevó a Eloína a su casa, donde ella la esperaba ya, con arreglo a la oferta de ampararla que me había hecho: 2.º Que le oyó decir repetidas veces a la misma Eloína que yo, al tener que salir del *Cauto* sin tiempo para recogerla y llevarla a Manzanillo, se la había *recomendado muy eficazmente* al Sr. Puig, o sea a usted (y, admírese también de su mala memoria) a usted, que entraba en el río de segundo del *Martín Alvarez*: (Con efecto; ¿quién si no yo pudo informarle de la existencia de la niña, del lejano bohío en que vivía y de que los Sres. Van Halen deseaban ampararla?) 3.º Que después de haber dejado usted en Manzanillo a Eloína, continuó visitándola en sus recaladas.

Resulta, pues, que usted se hizo cargo de la niña en *Guamo* cuando yo marché a España y que durante *un mes* la alimentó y vistió y luego la llevó a la señora de Van Halen, pudiendo alegar derechos a que se le considere como protector de Eloína, ya que sus buenos sentimientos le hicieron persistir en la recomendación *que le hice*; pero forzoso le será resignarse a reconocer m mejor derecho, pues yo fuí el que *la encontró* y la cuidó y la encaminó hacia la noble familia en cuya casa halló

II

Con anterioridad a este suceso había yo escrito hasta 150 páginas de un libro sobre Peral, que imprimí en la Casa Rivadeneyra y que no llegué a terminar ni a publicarlo, porque esperaba al éxito de las pruebas y definitiva suerte del submarino. Las pruebas de alta mar fueron excelentes (1); pero como, no obstante, el Gobierno se negó a construír otro de mucho mayor tonelaje, en el que se corrigieran los nimios de-

---

asilo y amor, habiéndome faltado únicamente, para evitar en absoluto la intervención de nadie en este hecho, casi olvidado por mí, haber dispuesto de algunos días más de estancia en el río *Cauto*, que me hubieran permitido efectuar personalmente la entrega de la niña a la señora de Van Halen.

Queda usted, pues, complacido, y sólo añadiré que, después de todo, ni usted ni yo hemos hecho gran cosa, sino la señora de Van Halen, que fué una madre para la pobre niña durante más de veinte años y, por tanto, la verdaderamente digna de su gratitud y cariño.

Y en fin, para ofrecer al público concluyentes pruebas de mi veracidad, a continuación inserto la carta que a usted dirige aquella noble señora cuyo original le remito por el correo y de la que me autorizó a sacar copia.

Después de aclararlo todo, espero se sirva usted decirme que ha incurrido en un error que lamenta, para que nuestra amistad continúe inalterable.

Suyo afectísimo amigo y compañero

PEDRO DE NOVO Y COLSON

---

(1) De los cinco heróicos Tenientes de navío que efectuaron estas pruebas sólo vive hoy el, ya Almirante, don Pedro Mercader.

fectos del pequeño sumergible, Peral, angustiado por el desengaño, a la vez que por el horrible martirio del cáncer que poco después lo mataba, abandonó todo, devolvió a Casado del Alisal los *cien mil* duros que le había donado *sin condiciones* y que el inventor sólo hubo de admitir para aplicarlos a fines científicos, que ya eran innecesarios.

Y ahora creo oportuno transcribir varias páginas de mi libro inédito, que demuestran la fe que en el marino español tenían los técnicos extranjeros.

Carta de la señora de Van Halen.

«Sr. D. Juan Puig.—Madrid 3 Abril de 1896.

Mi estimado y distinguido amigo: Siento mucho el incidente surgido entre usted y el Sr. Novo y Colson, con motivo de la protección que ambos dispensaron a la pobre Eloína; y para desvanecer toda equivocada inteligencia, que tiene por origen haber desconocido usted y él la parte que cada uno tomó con independencia en aquel suceso, me permito escribir estos renglones.

No debe usted dudar que el Sr. Novo fué el primero que encontró y cuidó a Eloína y que con motivo de su relevo solicitó de mi difunto esposo y de mí que la amparásemos, a cuyos ruegos accedimos gustosos. Un mes después me habló usted de una niña que cuidaba en el Guamo y reiteré a usted lo que había ofrecido al Sr. Novo: que la trajera a mi casa y que le prestaríamos el amparo de que tanto necesitaba.

A los pocos días me entregó usted a Eloina y desde entonces hasta que falleció vivió siempre a mí lado y compartió conmigo y con mis hijos las alegrías y las penas, pues nunca fué tratada como persona extraña, sino que desde el primer momento se la acogió con cariño, creció al lado de mis hijos y se la consideró como si fuera de la familia.

Recuerdo que repetidas veces nos dijo Eloina que al salir el Sr. Novo del Cauto la había recomendado a usted y le

Pero antes transcribiré otras que son precisas para que el lector conozca la base de aquella fe.

III

Vamos a hacer historia.

Isaac Peral antes de su invento estaba reconocido por todo el Cuerpo de la Armada como el *número uno* entre los muchos Oficiales científicos que la honran; veíasele constantemente ocupado en estudiar, pero nadie sospechaba que persiguiese el gran problema.

---

había dicho que la traería a mi casa de Manzanillo, contándonos, emocionada por la gratitud, los consuelos que le prodigó el Sr. Novo cuando la encontró en el Guamo y el cariño con que la trató y la cuidó usted hasta que la llevó a mi casa. Para los dos tuvo siempre reconocimiento y nunca se olvidó de los dos en sus oraciones.

Es posible que así como al Sr. Novo se le olvidó, sin duda por los muchos años transcurridos, que fué usted quien personalmente la condujo a mi casa, por igual causa no recuerde usted haber recibido la recomendación del señor Novo, quedando ambos ignorantes de su común intervención en la historia de la desventurada Eloína.

También recuerdo que ésta, después de la entrevista que el Sr. Novo menciona, me dijo, apesadumbrada por la frialdad con que, según ella, le había hablado. «Parece que no me recuerda ni me estima ya; en el Cauto parecía quererme como a una hija»

Creo, amigo Puig, que con estas explicaciones quedará usted satisfecho y convencido de que, tanto usted como el Sr. Novo han dicho verdad y tienen, respectivamente razón; y no me extiendo en más detalles de cuanto he re-

Cuando surgió el conflicto de las Carolinas, Peral se presentó en el Observatorio astronómico y, confuso, pálido, nervioso, dijo a la pléyade de sabios que allí trabaja:

—Señores, en estos momentos un deber de conciencia me obliga a revelaros que creo haber resuelto el problema de la navegación submarina.

Como la modestia de Peral era extremada, todos aquellos hombres se quedaron sorprendidos y silenciosos.

El Sr. Pujazón, director del Observatorio, le preguntó al fin:

—¿Cree usted haberlo resuelto?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Desde hace un año; pero no me atrevía a decirlo. Ahora lo juzgo una obligación.

—¿Y qué desea usted de nosotros?

—Deseo someter a vuestro examen mis cálculos, y sólo cuando vuestro unánime

---

ferido acerca de usted y de Eloína al Sr. Novo, que ignoraba todos ellos, por no hacer más larga esta ya extensa carta.

Recuerdos afectuosos de toda esta familia, para usted y su señora y para su madre política, y es suya afectísima amiga

CRISTINA BRODETT,
Viuda de Van Halen»

voto los apruebe me atreveré a dirigirme al Gobierno.

—Pues bien; por obsequio a usted y a su buena fama los examinaremos con el espíritu de la mayor incredulidad.

—Esa es mi súplica.

Entonces comenzó una serie de discusiones secretísimas, en las que el eminente Pujazón, el profundo matemático Azcárate, el asombroso calculista Viniegra y el insigne analítico García Villar argumentaron y contradijeron todas y cada una de las tesis de Peral, que éste sostenía siempre victorioso. Por último, aquellos sabios oficiales, aturdidos y maravillados, concluyeron por decir al modesto inventor:

—Todo esto es positivo. No cabe duda. Desde hoy somos ciegos creyentes de usted.

Triunfante Peral en un juicio contradictorio de tanta trascendencia (aunque extraoficial), participó al Ministro de Marina Sr. Pezuela sus proyectos en carta reservada. El Ministro no vaciló un instante y pidió informe con urgencia al Observatorio Astronómico de San Fernando, que no tardó en contestar:

«Este Centro opina que el proyecto de Peral no tiene un solo punto vulnerable. Científicamente el problema está resuelto por él.»

Entonces fué llamado el inventor a Madrid, donde una Junta técnica exigió a Peral que desarrollara sus teorías e hiciera ensayos prácticos con la clase de motor que habría de llevar el buque. La falta de recursos retrasó esta experiencia cerca de un año y al fin obtuvo éxito felicísimo. Continuó el expediente, y otro año después se exigió a Peral, antes de que se ordenara la construcción del buque, que fuera ensayado en Cádiz *prácticamente* el aparato *servomotor de profundidad,* como clave del descubrimiento. Así se efectuó por una Comisión competentísima, que dijo en su dictamen: «El aparato de *profundidad* es una obra perfecta».

No bastaron estos anecedentes para que el Gobierno acordara la construcción del submarino y Peral hubo de someter el estudio de sus planos a diversas Juntas, entre ellas al Centro Técnico, cuya mayoría le era hostil.

Sin embargo, su presidente, el Vicealmirante Antequera, se mostró acérrimo partidario de construír el buque, porque cuando se posee un alma grande siempre acierta el entendimiento, que discurre por intuición más que por cálculo.

Pero toda la autoridad del presidente no pudo impedir que se decretara la construcción previa del *aparato de profundidades.*

Así se hizo; fué experimentado en el Ministerio, y la opinión general lo consideró de resultado infalible.

Pero mucho antes de este suceso, y cuando aún eran mayores las dificultades y oposición a que se hiciese el buque, Peral, que había ido al Ministerio para gestionar su asunto, encontró en la antecámara del Ministro a dos caballeros, uno de los cuales se dirigió a él y lo saludó.

Era Mr. Haynes, a quien conocía desde Cádiz.

—¿Me permite usted—le dijo Mr. Haynes en voz baja—que le presente al constructor naval inglés Mr. Thomson?

—Con mucho gusto.

Entonces Mr. Haynes hizo seña al caballero que le acompañaba, quien se acercó y saludó a Peral.

Era Mr. Thomson, cuyo astillero de Glasgow, famosísimo en todo el mundo, ha construído muchos y excelentes buques de guerra, entre los cuales se cuentan los cruceros torpederos *Archer, Brisk, Cossack, Mohawok, Poroise, Scpout* y *Tartar*, de los que acababa de hacer entrega al Gobierno de la Gran Bretaña. Entonces construía también nuestro gran crucero de primera clase *Reina Regente* y el cazatorpedero *Destructor*.

Después de las primeras palabras y

cumplimientos, Mr. Thomson dijo a Peral:

—Caballero, ruego a usted que antes de hablar con el Ministro sobre la construcción de su barco submarino escuche la proposición que deseo hacerle.

—Estoy dispuesto a escucharle.

—Yo le invito a que se asocie usted a mí y pongo mi casa a su disposición.

—Usted me honra infinitamente, pero no puedo aceptar, porque el invento no es mío. Ya lo he dado a mi patria.

—Pero si el Gobierno de su país no utiliza el obsequio importante, ni lo aprecia como merece; si no le construye el buque...., entonces ¿mi proposición será admitida?

—Reitero a usted las gracias, Sr. Thomson, pero creo imposible que esto ocurra. Quizás ahora mismo obtenga la orden.

En aquel momento el ayudante del Ministro anunció a Peral que pasara a verlo. Este saludó a los caballeros ingleses para despedirse, mas Mr. Thomson le interrumpió:

—No, todavía... Aquí esperaré el resultado de su conferencia, por si cambia usted de parecer.

El inventor estuvo en el despacho de Rodríguez de Arias cerca de media hora tratando de los experimentos que habían

de hacerse con el *aparato de profundidades.*

Cuando salió de nuevo volvió a interrogarle el famoso constructor.

—¿Qué decide usted? ¿Le construyen el buque?

—Sí, señor, e inmediatamente.

No era verdad, pero debía decirlo.

Los caballeros ingleses se inclinaron entonces ante el modesto Oficial y salieron de la antecámara.

IV

Por fin se acordó la construcción del submarino y que Peral adquiriese en el extranjero todo el material necesario.

Pero poco antes de su marcha, y al despedirse en San Fernando del Director de la Academia de Ampliación, le enseñó éste una revista científica austriaca, en la cual había un grabado del torpedero *Nordenfelt,* último modelo.

—Mire usted esto, Peral—le dijo—. Observe estas disposiciones nuevas que tiene el barco.

Peral advirtió sorprendido que guardaban una gran semejanza con aquellas de

las que dependía su *aparato de profundidades.*

—Pudiera creerse que se las habían robado a usted—añadió Viniegra.

—Efectivamente—repuso Peral intranquilo—. Si no fuera por la confianza que me inspira el personal del Ministerio, diría que Nordenfelt ha copiado de mi proyecto esta nueva aplicación.

Hacia mediados del año 1887 salió Peral de San Fernando y pasó por Madrid. Estuvo en Francia, Alemania y luego en Inglaterra, donde adquirió varios materiales, y en Bélgica, donde compró los acumuladores.

Durante su permanencia en Londres iba diariamente al escritorio de la Comisión de Marina, que había elegido como centro de operaciones.

Hablando allí con los Oficiales destinados en dicha Comisión, Concas y Torelló, le dijeron que Mr. Zaharoff, agente de Nordenfelt, deseaba mucho serle presentado.

Otro día le invitó Concas a que le acompañara para visitar el torpedero *Nordenfelt.*

—Iría de buena gana—respondió Peral—; pero desde el momento que yo visitara este barco me vería obligado, en justa correspondencia, a satisfacer cuantas

preguntas me hiciesen respecto a las disposiciones que he adoptado en el mío.

—Eso no debe a usted preocuparle, pues Mr. Zaharoff me ha dicho que en el Ministerio le han enseñado los planos y Memoria que usted entregó para su examen.

Peral dió un salto y un grito. La noticia le trastornó al extremo que no pudo pronunciar palabra.

Entonces, Torelló, que estaba presente, procuró atenuar el hecho, indicando que no habían entregado en el Ministerio los planos y Memoria a Zaharoff, sino simplemente algunos datos y noticias.

Peral hizo un esfuerzo heroico para ocultar la honda impresión sufrida. Se propuso inquirir lo que hubiera de exacto en la declaración del agente de Nordenfelt, a quien habría negado crédito en absoluto si no hubiese visto *aquel grabado del nuevo modelo* que le enseñó Viniegra, donde casi se copiaba la disposición del mecanismo más importante de su buque.

Al siguiente día preguntó al Jefe de la Comisión, D. Evaristo Casariego, si tenía noticias del hecho.

—Sin duda—le contestó D. Evaristo—; no debo ocultároslo. Mr. Zaharoff me ha dicho que había examinado en el Ministerio *vuestros* planos y Memoria.

V

Aquel mismo día recibió Peral una invitación de Mr. Nordenfelt, que acababa de regresar a Londres para conferenciar con él.

La invitación venía como llovida del cielo, supuesto que así podría averiguar, no sólo lo que hubiera de exacto en la denuncia de Zaharoff, sino hasta qué punto había logrado aprovecharse del examen hecho a su proyecto.

El inventor, pues, acudió puntualmente a la cita, que era en el despacho de Nordenfelt.

Conviene advertir al lector que este célebre millonario y constructor de cañones había ensayado un buque submarino de su invención (o más bien de la del Capitán Mr. Garret, a su servicio) en el año 1884, cuyas pruebas presenciaron varios Príncipes de Inglaterra y muchos hombres científicos. Su éxito fué regular; pero Nordenfelt continuó estudiando y mejorando su buque, del que se ocupó y ocupa aún toda Europa. Se suponía que era el mejor de los conocidos.

Nordenfelt salió al encuentro de Peral y le dijo sin preámbulos:

—Es un soberbio negocio lo que deseo proponerle. Usted se asociará a mí para la construcción y explotación de su buque submarino, y desde este momento comenzaré por entregarle como remuneración independiente la cantidad que usted designe.

El Oficial español se excusó en términos parecidos a los que había empleado con Mr. Thomson; pero Nordenfelt estaba muy lejos de desmayar e insistió reiteradas veces, argumentando bien. Por último, dijo a Peral:

—Puesto que no quiere usted admitir mi oferta, voy a hacerle otra. Propongo a usted darle una fuerte *regalía* por el derecho que me otorgue para utilizar en mi barco el *aparato de profundidades* que va usted a aplicar al suyo.

—Imposible, Sr. Nordenfelt; ese aparato es lo más reservado de mi proyecto y de ningún modo puedo venderlo.

Peral se sintió alegre y tranquilo, pues la proposición de compra implicaba que no había logrado apoderarse de su mecanismo la persona que examinó su proyecto en Madrid.

Nordenfelt despidió a nuestro Oficial de Marina con todo género de ofrecimientos y atenciones.

—Si alguna vez—le dijo—quiere usted

desligarse del compromiso que ha adquirido con el Gobierno de España, acuérdese de que mi casa y mi fortuna están dispuestas a asociarse con usted.

Confirma la exactitud de esta entrevista, por haberla presenciado, el entonces Oficial de la Comisión de Marina de Londres D. José Romero y Guerrero, que es hoy Contralmirante.

. . . . . .

Con estos *Recuerdos* rindo cariñoso homenaje a la memoria del sabio eminente Isaac Peral, ya casi olvidado; pero nunca lo estará por los que tuvimos la honra de ser sus compañeros y entusiastas admiradores.